

¿En qué quedamos?

Por Jaime Guzmán, ex presidente de la UDI



Con Aylwin a la cabeza y rodeado de sus máximos asesores en materias económicas, la Concertación ha desfilado durante las últimas dos semanas ante los principales gobiernos europeos occidentales.

Allí la Concertación ha afirmado textualmente, entre otras cosas, lo siguiente:

-“La forma en que la transición al régimen democrático se está llevando a cabo es particularmente auspiciosa”.

-“La actual estabilidad es un logro que debe ser preservado”.

-“La presencia de cuentas fiscales equilibradas distingue a Chile de otros países de la región”.

-“Otro activo importante es el hecho de que ciertos sectores de la economía chilena se han modernizado rápidamente”.

-“Chile puede contar para su desarrollo futuro con el notable dinamismo recientemente exhibido por sus exportaciones”.

-“Chile cuenta con un aparato estatal bastante eficiente”.

-“En contraste con las otras experiencias latinoamericanas de democratización reciente, Chile ofrece la oportunidad de consolidar la democracia, manteniendo al mismo tiempo una economía eficiente y en crecimiento”.

No puede dejar de sorprender la notoria diferencia entre los énfasis de esos juicios y el panorama negro y desolador que la propia Concertación pinta de nuestra realidad económico-social en el ámbito del debate interno. Pero semejante contradicción tiene un origen muy claro.

Si bien Chile afronta aún los múltiples problemas propios de un país todavía en vías de desarrollo, existe una coincidencia internacional generalizada de que el manejo de la economía del país en los últimos años ha sido extraordinariamente acertado y exitoso.

Hasta acerbos críticos foráneos del Gobierno militar, destacan el cuadro económico chileno como excepcional

dentro de una América Latina que -en cambio- se debate en dramática angustia o desesperanza.

Si la Concertación no reconociera esto en Europa, suscitaría la desconfianza internacional, al dejar la impresión que pretende revertir el camino seguido al respecto por Chile en los últimos años, para retornar a esquemas estatistas y fracasados.

Por el contrario, si en Chile la Concertación empleara un tono similar al que usa para el exterior, quedaría invalidada su cerrada y descalificatoria oposición al actual Gobierno, a cuyos logros le niega o mezquina todo reconocimiento.

Lo anterior explica el doble lenguaje de la Concertación dentro y fuera de Chile. Lo explica -claro está- desde una perspectiva electorera. Pero está lejos de justificarlo desde las exigencias de la seriedad política.